

Título Ricoeur y la memoria impedida como el límite extremo a la solución narrativa de la aporía del tiempo

Tipo de Producto Ponencia completa (texto completo)

Autores Lythgoe, Esteban

IV Jornadas de investigaciones en psicología, Fundación UADE

Código del Proyecto y Título del Proyecto

P18S50- La incidencia de la relación identidad y alteridad en la memoria colectiva

Responsable del Proyecto

Lythgoe, Esteban

Línea

Área Temática

Psicología

Fecha

Noviembre 2018

INSOD

Instituto de Ciencias Sociales y Disciplinas
Proyectuales

FUNDACIÓN
UADE

El lugar de lo simbólico en la filosofía de la historia del último Ricoeur:

Esteban Lythgoe – UADE - Conicet.

En su obra *Collective Memory & the Historical Past*,¹ Jeffrey Barash destaca cómo Ricoeur modifica su tratamiento respecto del símbolo. Aunque este término es una categoría obligada desde *La simbólica del mal*, Barash se centra en aquellas obras en las que remite a la obra de Cassirer. La primera mención se realiza en su ensayo sobre Freud. Allí, Ricoeur contrapone una concepción del símbolo, a la que asocia con la obra de Cassirer, que "...designa el común denominador de todas las maneras de objetivar, de dar sentido a la realidad." (F, 13) y otra, que es la expresión lingüística del doble sentido, que debe ser interpretada. En este libro, Ricoeur considera que este último sentido, más acotado, resulta más útil para la labor de la hermenéutica. El sentido del primero, en cambio, resulta demasiado amplio. Quince años más tarde, en el primer tomo de *Tiempo y narración*, Ricoeur vuelve a remitirse a la definición del símbolo en Cassirer, en el marco del análisis de *la triple mimesis*, aunque en este caso de manera favorable. En efecto, en la *mimesis I* refiere a la precomprensión del mundo de la acción en la que se funda la trama, y que consta de tres rasgos: estructurales, temporales, y simbólicos. Al referirse a las mediaciones simbólicas en la acción nos remite nuevamente a la obra del filósofo alemán y explica, "entre una acepción demasiado pobre y otra demasiado rica, he optado personalmente por un uso cercano al de Cassirer en su *Philosophie des formes symboliques*, en la medida en que, para éste, las formas simbólicas son procesos culturales que articulan toda la experiencia." (TRI, 120). Barash manifiesta su desconcierto al observar que ni en *Sí mismo como otro* ni en *La memoria, la historia, el olvido* retoma la problemática del símbolo, lo que, en su opinión, tiene la consecuente dificultad de no poder dar cuenta de los complejos niveles de mediación que yacen entre la experiencia personal y la memoria en la esfera colectiva.

La presente ponencia propone relativizar esta afirmación de Barash en lo referido al último de estos libros. Que no haya referencias explícitas a Cassirer, no significa que lo simbólico haya sido abandonado, sino que sigue estando presente. Nuestra hipótesis es que, si en *La memoria, la historia, el olvido* sólo hay menciones de lo simbólico sin un desarrollo explícito, es porque en términos generales continúa con los lineamientos de lo

presentado en sus obras previas. Sin embargo, este tratamiento es complejizado por la introducción de categorías y problemas que no estaban presentes antes de la década del ochenta. Su tematización nos permitirá entender algo más a la memoria y sus patologías.

Memoria, tiempo y símbolo:

Consideramos que aunque el término “símbolo” aparece en varias partes de *La memoria, la historia, el olvido*, el lugar clave para entender su funcionamiento se encuentra en el capítulo dedicado a los abusos de la memoria natural (cap. 2.II), y específicamente la memoria herida y la manipulada. No sólo porque es el capítulo donde encontramos la mayor cantidad de referencias al símbolo, sino porque, como veremos, las demás referencias también remiten a este capítulo. Nuestro interés no se centrará en los abusos mnémicos, sino en las estructuras que los posibilitan, pues allí es donde el símbolo un rol central. Cada una de estas secciones, es decir, la memoria herida y la manipulada, se encuentra asociada a una obra mayor de Ricoeur, en la que el símbolo tiene un lugar destacado, *Freud. Una interpretación de la cultura* en el primer caso, y *Utopía e Ideología* en el segundo. Si nos apoyamos en los planteos de Barash señalados al comienzo, nos encontramos que cada una de estas obras utiliza un sentido de símbolo diferente, y en ningún momento de *La memoria, la historia, el olvido* se aclara explícitamente por cuál de ellos se va a inclinar. La sección dedicada a la memoria manipulada resulta clave en este sentido, ya que su referencia al Clifford Geertz, nos está indicando su preferencia por la acepción amplia del símbolo. En efecto, Ricoeur recurre a la conceptualización de este antropólogo para desarrollar el sentido amplio del símbolo utilizado por Cassirer. Como lo señala Barash, este sentido es el utilizado en *Tiempo y narración*, por referirse a la totalidad de los procesos culturales que articulan toda experiencia.¹

La memoria manipulada remite a estrategias ideológicas utilizadas por terceros para incidir en la identidad tanto personal como colectiva. En este caso, el abuso consiste en los recursos utilizados por parte de los poderosos de quitarles a los actores sociales su poder originario de narrarse a sí mismos.² La sección adolece de la dificultad de que la ideología se presenta como un “factor que se intercala” al problema de la relación entre la fragilidad

¹ Cf. TRI 120-1.

² Cf. MHO, 572.

de la memoria y de la identidad,³ cuando en realidad es un intento de articulación de los tres niveles de la ideología, es decir, identificación,⁴ legitimación y distorsión, con sus consideraciones posteriores en torno a la identidad narrativa y la memoria.

El concepto de identidad narrativa, tanto personal como colectiva, se equipara con la identidad de un personaje de una trama,⁵ la cual debe ser reconocida y asumida como propia. Ya en *Sí mismo como otro*, Ricoeur acerca a la memoria con la “unidad narrativa de la vida”, utilizando la expresión de Charles Taylor,⁶ por lo que no llama la atención que en ciertos niveles de análisis la memoria pueda constituirse en un criterio identitario, como en el caso de Locke. Esta articulación entre identidad narrativa y memoria es asociada con el nivel más profundo de la ideología, es decir, aquel que se desarrolla bajo la figura de Geertz. Así explica, “en el plano más profundo [de la ideología], el de las mediaciones simbólicas de la acción, la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de la función narrativa.” (MHO, p. 115). La identidad narrativa no es estable, sino que puede ser afectada no sólo por el paso del tiempo, sino también el otro concebido como amenaza, y por la herencia de la violencia fundadora. A fin de legitimarse y justificar su poder el gobierno recurre a retóricos para que a través relatos de fundación, de gloria y de humillación, desplacen el interés de ciertos momentos del pasado o lo supriman directamente.⁷

Al presentar a la memoria manipulada hay un énfasis en el abuso por parte de los poderosos por sobre los demás actores sociales que son incapaces de enfrentarlos y terminan siendo pasivamente manipulados. Sin embargo, no es así como se la debe entender. Ricoeur distingue en la memoria dos componentes, uno pasivo, asociado con el recuerdo puro según Bergson, ligado con las huellas mnémicas, y un elemento activo, en el que la

³ cf. MHO, p. 111: “Las manipulaciones de la memoria que evocaremos más tarde se deben a la intervención de un factor inquietante y multiforme que se intercala entre la reivindicación de identidad y las expresiones públicas de memoria. Se trata del fenómeno de la ideología, cuyo mecanismo intenté desmotar en otro lugar.”

⁴ En este sentido resulta interesante observar la modificación que se produce en la denominación del primero de los tres niveles. En *Ideología y utopía* se habla de identificación, junto a legitimación y distorsión (cf. IU, p. 310), mientras que en *La memoria, la historia, el olvido* se deja de utilizar esta denominación, asociada con la problemática de la identidad, y en su lugar se utiliza “integración del mundo común” (MHO, 112) o “mediaciones simbólicas” (MHO, 115).

⁵ Cf. SO, 139: “La identidad, entendida narrativamente, puede llamarse, por convención de lenguaje, identidad del *personaje*.”

⁶ SO, 162.

⁷ Cf. MHO, 572-6.

imaginación le asocia una imagen. El éxito de la fusión se logra en el acto del reconocimiento.⁸ En el análisis de los abusos de la memoria se pone de manifiesto con claridad este doble componente. En un extremo nos encontramos con la pura actividad de la memorización. Allí la pasividad de la impronta de haber sido afectado por un acontecimiento en el pasado, desaparece, y la totalidad de la labor es cumplida por la imaginación.⁹ Por la otra, se encuentra la memoria traumatizada, que es pura pasividad, y en la que nos detendremos posteriormente. La memoria manipulada, por su parte, incluye ambos elementos. Por un lado, es instrumentalizada por el poder, pero por el otro, existe una aceptación dicha manipulación: “Pero este desposeimiento va acompañado de una complicidad secreta, que hace del olvido un comportamiento semipasivo y semiactivo, como sucede en el olvido de elusión, expresión de mala fe, y su estrategia de evasión y esquividad motivada por la oscura voluntad de no informarse, de no investigar sobre el mal cometido por el entorno del ciudadano, en una palabra, por un querer-no-saber.” (MHO, 572). En el trabajo de duelo, Freud apelaba a la cooperación del paciente. La noción misma de trabajo “...supone que los trastornos en cuestión no son sólo sufridos, sino que también somos responsables de ellos, como lo atestiguan los consejos terapéuticos que acompañan la perlaboración.” (MHO. 109)

Tanto la colaboración entre el analista y el paciente como su comparación con el historiador y la sociedad, ya se encuentran en *Tiempo y narración III* en el marco de la identidad personal como primera aporía de la identidad personal. Tras presentar a la identidad narrativa y su aplicabilidad a nivel individual y comunitario, Ricoeur utiliza al psicoanálisis como “laboratorio” para indagar el alcance de este concepto. En el proceso de perlaboración el analista sustituye “...los fragmentos de historias, a la vez, ininteligibles e insoportables, por una historia coherente y aceptable, en la que el analizador pueda reconocer su ipseidad.” (TRIII. 999). La historia también ella “...procede de la serie de correcciones que cada nuevo historiador aporta a las descripciones y a las explicaciones de sus predecesores, y, progresivamente, a las leyendas que han precedido este trabajo propiamente historiográfico.” (TRIII, 999). Así como el analizador tiene la responsabilidad de reconocerse en el relato elaborado, lo mismo sucede a nivel social con la narración del historiador.

⁸ Cf. MHO, 75.

⁹ Cf. MHO. 93.

Cuando Ricoeur aborda a la memoria manipulada se centra problemas a nivel de la identidad colectiva (la fragilidad de la identidad), basada fundamentalmente en la confrontación con el otro. Es decir, la memoria manipulada remite a los problemas mnémicos surgidos durante el trabajo de duelo y rememoración, algo posterior a un proceso traumático. De hecho, Ricoeur hace referencia explícita a lo que Henry Rousso ha denominado el *Síndrome de Vichy*, donde se aborda los comportamientos públicos y privados que se dieron desde 1940 hasta la actualidad con respecto a ese período de la historia francesa. Sin embargo, este tipo de abordaje mnémico que incluye elementos de la psicopatología de la vida cotidiana y de la sociología de la ideología tiene para el historiador un límite “en la parte intransmisible de la experiencia extrema.” (MHO, 577). Es sobre ese límite en el que se adentra en su análisis de la memoria herida.

Como el nombre de la sección lo designa, “memoria impedida”, nos encontramos frente a una memoria completamente pasiva, es decir, incapaz de llevar a cabo articulaciones imaginativas. De lo que se trata, justamente, es de poder incorporarle el elemento activo: “...podemos preguntarnos en qué medida la patología de la memoria, en consecuencia, el tratamiento de la memoria como *pathos*, se inscribe en una investigación sobre el ejercicio de la memoria, sobre la *tekhné* memorial.” (MHO, 97). La sección consta en términos generales de dos partes, la primera es articular los dos textos metapsicológicos “duelo y melancolía” y “rememoración, repetición, per-laboración”. En esta articulación se busca contraponer el trabajo (del recuerdo) a la compulsión (de la repetición), y asociar el trabajo del recuerdo con el duelo. La segunda parte de esta sección apunta a argumentar a favor de la traslación directa de la metapsicología del individuo al colectivo.

Volvamos, sin embargo, a los símbolos, que es lo que nos convoca. A diferencia de lo que sucedía en la sección de la memoria manipulada, y como lo señala Barash, el símbolo tiene sólo alguna mención secundaria, pero no cumple ningún rol de relevancia. Consideramos que esta ausencia es significativa, especialmente teniendo en cuenta la labor de canalizador simbólico, por así llamarlo, que hasta aquí han cumplido tanto el psicólogo como el historiador.

Hemos artículos anteriores hemos sostenido que Ricoeur busca explicar la metapsicología freudiana en términos temporales.¹⁰ Si se puede equiparar la compulsión a la repetición y el olvido, por inaccesibilidad a las huellas inconscientes, es porque en ambos casos el recuerdo es indisponible. Para Ricoeur, “fue incluso una de las convicciones más

¹⁰ Hacer referencia artículo de unisinos.

fuertes de Freud: el pasado experimentado es indestructible. Esta convicción es inseparable de la tesis del inconsciente declarado *zeitlos*, sustraído al tiempo, entiéndase al tiempo de la conciencia, con su antes y su después, sus sucesiones y sus coincidencias.” (Ricoeur, 2004, 569). Como se desprende de esta última cita, la indisponibilidad hace referencia a la imposibilidad de configurarlo narrativamente, según la expresión de *Tiempo y narración*.

En aquella obra, Ricoeur presentaba al tiempo como un factum y una imposibilidad. Un factum, porque el ser humano es un ser-en-el-tiempo, donde el “...‘en’ expresa la prece-
dencia misma del tiempo respecto del pensamiento que ambiciona circunscribir su sentido, por tanto desarrollarlo.” (TRIII, 1018), pero resulta imposible representarlo, pensarlo directamente. Esta imposibilidad es la que hace que no se pueda proporcionar una respuesta especulativa acerca del tiempo, sino que sólo se puede hacer un abordaje *poético* a esta temática.¹¹ Esto significa para Ricoeur que, “...el tiempo se hace humano cuando se articula de modo narrativo; a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal.” (TRI, p. 39). Dicho de otra manera, tiempo y lenguaje no son lo mismo, pero, en lo que respecta al tiempo, la humanidad precisa de su combinación con su contraparte para volverlo concebible. Aplicando estos planteos a la compulsión a la repetición o al olvido, que si el recuerdo es indisponible es porque está sustraído del tiempo, pero no porque no haya pasado en el tiempo en el sentido cosmológico, sino porque este tiempo no se ha vuelto humano, no se lo ha ‘simbolizado’. Como lo explica concluyendo esta obra: “de modo esquemático, nuestra hipótesis de trabajo quiere *considerar la narración como el guardián del tiempo* en la medida en que no existiría tiempo pensado si no fuera narrado.” (TRIII, 991).

Volviendo a *La memoria, la historia, el olvido*, así como la patología es presentada de manera temporal, también el trabajo para su resolución lo es. Ricoeur nos explica que “el trabajo de duelo separa definitivamente el pasado del presente y da paso al futuro.” (Ricoeur, 2004, 639). Para explicar cómo es posible esta articulación, Ricoeur nos remite al debate entre el filósofo y el historiador respecto de la muerte, donde no casualmente hace su reaparición de manera significativa el símbolo.

En este punto resulta fundamental el lugar asignado por la historia a los muertos y en este punto resulta central la obra de Michel de Certeau. Ricoeur destaca rechazo desaparece

¹¹ Cf. TRIII, 636.

en, donde Ricoeur termina coincidiendo con De Certeau acerca la necesidad de incorporar a la muerte en la narración, y en la equiparación certeauna de la operación historiográfica con el rito de la sepultura. En su opinión, “el historiador no tiene enfrente sólo a muertos para los que construye una tumba escrituraria; no se esfuerza sólo en resucitar a vivientes de otro tiempo que ya no son pero que fueron; intenta re-presentar acciones y pasiones.” (Ricoeur, 2004, 497). Esta asociación con el rito de sepultura resulta crucial en el trabajo de duelo, pues al enterrar a los muertos se les asigna un lugar a los vivos:

...la repetición permite completar y enriquecer la meditación propuesta anteriormente con el título de la muerte en historia. Ésta nos condujo hasta el gesto de sepultura por el que el historiador, al otorgar un lugar a los muertos hace un sitio a los vivos. La meditación sobre la repetición autoriza un paso más, bajo la idea de que los muertos de otro tiempo fueron vivientes y que la historia, en cierto modo, se acerca a su habersido-viviente. (Ricoeur, 2004, 490-1)

ⁱ Jeffrey Andrew Barash, *Collective Memory & the Historical Past*, The University of Chicago Press, Chicago & London, 2017